

Henry A. Petrie

Luciérnagas en abril (I)

Colección: Poesía



Luciérnagas en abril (I)

Henry A. Petrie

Contenido:

Luciérnaga en abril

Fractura

Mariposas lloran

De final anticipado

Pululación

Gestión festiva

Esplendores de amor

Crimen en paralelo

Macabro

Firulais, el pacífico

(Nota: estos poemas integran el libro en construcción, Luciérnagas en abril, en homenaje a la insurrección cívica y pacífica que empezó el 18 de abril del 2018).

Luciérnagas en abril

Pululaban
solitarias y dispersas
en la oscuridad,
cada luciérnaga en su sendero
en busca de la otra
para tomarse de las manos
y aventurarse al sueño de abril,
la primera juventud.

Una lucecilla con otra,
con otra y otra,
con muchas como ella,
hasta tejer la red de luz,
desde la chispa diminuta
hasta el agigantado florecer.

Fueron miles, decenas de miles,
centenas de miles de luciérnagas
que abrazaron el encanto
y asombraron al vetusto poder
de los oscuros.

Y encendieron corazones,
el cálido arrullo de la madre,
abriéndose paso en la niebla
del sicodélico bosque de metal
en las arterias de Managua.

El desborde fue en abril,
la explosión de lucecillas,
liberación del grito,
el llanto de la sangre;

fue en abril el desgarré,
desenmascaramiento del embuste,
la reversión de conjuras,
el paso del extraño cósmico
desde el silencio en venganza,
para que todo el magma de la Tierra
forje nuevo horizonte.

Y despertaron,
se prendieron conciencias,
porque senil estaba la esperanza,
en el juego constelar
con alma quetzal y
revoluciones colibríes, luciérnagas,
para mutar la vida
con nuevas flores y colores.

Desde las academias
se juntaron en protesta,
en sus rostros la rebeldía,
el ingenuo frescor
y la pasión juvenil.

No hay lucha sin sueño,
sin vuelo de luciérnagas,
venciendo el miedo
hasta encandilar, como un volcán
después de dormir.

Bastó una chispa, una,
unida a otras, todas en abril
reventaron en chotitos
con ideas desnudas,
en el alma bajo lluvia
del sembrador
que no quiere canal.

Bastó una chispa,
para que Sandino indignado,
resucitara en abril,
recogiendo a cada muerto
de su coro de ángeles;

en su espíritu de lucha,
el llanto,
por el calvario de luciérnagas,
chotitos de esperanzas
e ideas desnudas en vuelo,
con el recuerdo de amigos
cazados por demonios
que hablaron de amor
con rabia en sus entrañas.

¡Cuánto azul y blanco
en el corazón del pueblo!

Las luciérnagas se abrazan,
la indignación las asalta,
y lloran su fuego,
mientras el dictador,
quien mandó a matar,
se tulle en su sonrisa,
demacra su rostro,
envejece y debilita,
muriendo en su veneno
con letanías de sepulturera.

Empezó en abril.

Fractura

Los complicados,
los raros
o extraviados en redes,
explotaron en las calles
y el tiempo se fracturó.

Así empezó el derrumbe
de escorpión.

Mariposas lloran

Fueron árboles de la muerte
que aniquilaron luciérnagas
y cayeron como estrellas;

madres mariposas lloraron
la pesadilla de abril

y continúan llorando.

De final anticipado

Al acecho de luciérnagas
se escurren en la oscuridad,
los espectros malignos,

armados del puyón venenoso
de escorpión delirante, que
entre sombras frías y fétidas
se alimenta de muerte.

Silenciosos y en vuelo sereno,
a la caza del tirano hasta devorarlo,
los búhos tras escorpión.

Espectros zombis enlodados,
atolondrados se encuentran
y matan con saña,
su lenguaje es el ladrido,
su acción el disparo;

en sus pasos medrosos,
arrastran la triste imagen
de quien se creía rey
en la república de Xilonem.

Pululación

Tras cada luciérnaga apagada,
luces se multiplican en el campo.

Desde el fondo oscuro, la claridad.

Gestación festiva

En la cima de Masaya, Monimbó.
Sus marimbas suenan avalancha,
coraje que vence a la guadaña.

Su llanto es el grito Nicaragua,
por los sueños arrancados con odio,
es la sentencia al chacal,
el anuncio explosivo, la sangre
que ensancha las venas artesanas.

Las flores se entristecen, pero no marchitan,
polinizan arrojo y valentía ancestro, y
de la destrucción tirana que gobierna
se eleva el ingenio en barricadas.

Con la determinación de la piedra
y el mortero acústico, manos y brazos
diseñan nueva festividad popular.

Y será,
cuando los ahuízotes en algarabía,
tras la vela del candil, juzguen y condenen
con la vara autóctona y el son del atabal,
a criminales y corruptos, mala estirpe
nacida del piojo y la garrapata.

Esplendores de amor

El amor profundo y sin ancla:

La anciana aguadora calmando sed,
la otra con el adoquín para levantar barricada
y la que dijo bajo balas el treinta de mayo:
«Yo voy a estar con mis muchachos»;

la legión de Hipócrates reteniendo la sangre,
avivando la vida, enfrentando a la muerte;
desprendimiento y entrega es graduación,
dignidad del galeno frente a la ignominia;

los niños hijos de la aurora nacidos en abril,
recién salidos del capullo cálido de la madre,
entregaron inocencia con la fuerza de Leónidas
frente al déspota y pérfido Jerjes;

la juventud irreverente que a pecho desnudo
se aventó sin miedo a la fiera rabiosa,
hasta el más fresco de los sacrificios;

los campesinos en sus tranques, dejaron atrás
sus tierras y labranzas, por la cosecha alegre
lejos de Ítaca y tan cerca del esplendor.

Crimen en paralelo

Al barrio llegaron los zombis
y quemaron la casa de los colchones;

el llanto apagó en algún momento,
confundiéndose con el fuego;

se desagarraron las almas
y el grito no alcanzó el cielo humeante.

Sobre la calle los cuerpos calcinados
de infantes que despertaron para dormir.

En bunker genocida El Carmen,
sus niños degustaron chocolates,
se recrearon con vídeos, y luego,
pidieron paseo en camionetas Hilux.

Macabro

I
En Nicaragua,
Ortega mata, mata y mata,
la frescura del tiempo
y destroza en su aborto,
el vientre de las madres.

II
Harto de su tiniebla,
Ortega chupa, chupa y chupa,
como un Drácula emborrachado,
el sueño de Nicaragua.

Firulais, el pacífico

Perro no tenía nombre
o quizá muchos por donde anduviera,
cada gente en distintos puntos,
un nombre cambiante, en las calles
y barrios de todas las ciudades.

Ahí se andaba rebuscando comida
y el rincón para echarse,
vigilantes del sonido y la sombra.

Perro supo de la protesta,
la insurrección desarmada,
y se fue con los muchachos,
las luciérnagas en abril,
a los tranques y barricadas,
en carreras y saltos
al son de morteros y entre tonos
de gritos de batalla,
la gritería del cachimbeo:

¡De que se van, se van!

Y perro responde jugueteón,
sus misiones lo hacen feliz
con pañoleta azul y blanco al cuello,
siempre en el grupo, al lado de todos,
escapando de los disparos y llorando
callado, sin entender el crimen,
la muerte instalada en Nicaragua.

A perro lo nombraron Firulais.